

Michel Hubaut, ofm

Francisco de Asís
Peregrino hacia la luz

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	011
CAPÍTULO 1	
El crisol de la fe	019
CAPÍTULO 2	
Caminos de conversión	027
CAPÍTULO 3	
La utopía de la fraternidad universal	043
CAPÍTULO 4	
No apagar el espíritu del Señor	077
CAPÍTULO 5	
Vivir la minoridad en un mundo competitivo ...	093
CAPÍTULO 6	
La alegría de vivir y de amar	105

CAPÍTULO 7	
Sencillez, humildad y pureza de corazón	123
CAPÍTULO 8	
Un pobre que canta	137
CAPÍTULO 9	
Profetas de la paz	157
CAPÍTULO 10	
La fuerza del perdón	161
CAPÍTULO 11	
Alabanza y acción de gracias, oraciones del pobre	173
CAPÍTULO 12	
Peregrino hacia la luz	191
Anexo 1	
Oración por la paz	205
Anexo 2	
Algunos puntos de referencia de la vida de san Francisco	211

Francisco de Asís. Peregrino hacia la Luz

Ocurre con Francisco de Asís de alguna manera, aunque sea lejana, algo que ocurre también con Jesús de Nazaret: son inabarcables, nunca se acaba de desvelar totalmente lo que encierran sus vidas; por mucho que se haya profundizado, siempre queda la sensación de “más”, de no agotar lo que ellos representan.

A lo largo de los ocho siglos de historia desde que Francisco pusiera en marcha ese gran movimiento de la familia franciscana, se ha dicho y escrito de él todo cuanto se pudiera imaginar. En épocas pasadas eran relatos basados sobre todo en las biografías y documento antiguos, sin apenas tener en cuenta los escritos propios de Francisco; recientemente, relatos basados más en los escritos del mismo Francisco y desde una lectura crítica y moderna de las fuentes franciscanas.

Al libro que presentamos aquí, que en su original se llama *Chemins d'intériorité avec saint François*, lo hemos titulado *Francisco de Asís. Peregrino hacia la Luz*. Y es que, además de titularse así uno de los capítulos de este libro, a Francisco de Asís le cuadra perfectamente el epíteto de “peregrino”.

El tema de Francisco peregrino ha sido ya tratado en varias ocasiones; no habría que olvidar el precioso trabajo de Ives Congar, *Francisco, peregrino del Absoluto*. Es que además el mismo Francisco se autodefine y define a sus primeros hermanos como “*peregrinos y advenedizos*” y sabemos el sentido que en tiempo de Francisco se daba al término peregrino, que se describía en tres trazos: cobijarse en techo ajeno, anunciar la paz y anhelar la Patria.

Este libro presenta con una maestría impresionante el largo proceso interior y el camino de peregrinaje que Francisco emprendió desde que, buscando la felicidad en su juventud en su Asís natal, es conducido por el Espíritu, paso a paso y etapa tras etapa, hasta la completa identificación en el Alverna con Jesucristo llagado. Francisco es pobre, y es hermano, y es el defensor de la ecología y de los animales; pero, por encima de todo, Francisco es un peregrino de la vida, peregrino del Absoluto, peregrino del Dios todo Bien, sumo Bien.

Francisco es un peregrino y no un vagabundo que marcha sin rumbo fijo y sin meta clara. Y es un *peregrino hacia la luz*, y eso es lo que se muestra a lo largo de estas páginas densas y lúcidas. El peregrinaje de Francisco hacia la luz comenzó en las oscuridades del calabozo de Perusa, siguió con una larga enfermedad; Francisco tuvo que atravesar, sobre todo, la oscuridad de no saber por dónde tirar hasta el punto de orar en las grutas de los entornos de Asís: “*Oh alto y glorioso Dios, ilumina las tinieblas de mi corazón...*” La oscuridad fue haciéndose luz en la escucha del evangelio, especialmente cuando aquella mañana en la Porciúncula escuchó el evangelio de la misión. “*¡Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco!*”, exclamó Francisco (TC 25). A partir de ahí, con los contrastes propios de todo caminar, Francisco fue pe-

regrinando de luz en luz hasta culminar su peregrinaje, de nuevo en la Porciúncula, cuando cantando a la hermana muerte rezaba: *“A ti grito, Señor, te digo: “tú eres mi refugio y mi lote en el país de la vida”*.

El texto que presentamos, escrito por un autor seguro y muy buen conocedor del itinerario de Francisco de Asís, puede resultar sin duda una gran luz para quienes, en medio de oscuridades, seguimos buscando la Luz, que es Jesucristo, a quien Francisco siguió de todo corazón.

El editor español

INTRODUCCIÓN

¿Qué puede aportar hoy la espiritualidad franciscana?

Nuestro mundo se mueve, nuestras sociedades cambian. Sin querer hacer comparaciones artificiales, se puede decir en verdad que esto sucedía también entre los siglos XII y XIII. Para captar mejor las intuiciones de san Francisco, siempre es necesario situarlas en su época. Porque su carisma es haber sabido reconciliar la Buena Noticia, el Evangelio y las aspiraciones de los hombres y mujeres de su tiempo.

Cuando Francisco tiene veinte años, la sociedad feudal está a punto de hundirse; el comercio internacional comienza a surgir con sus mercancías que atraviesan Europa. Es el paso de un mundo rural, sedentario, a una sociedad urbana, móvil. Se asiste a la emigración de las masas campesinas hacia los centros urbanos que lleva consigo una

amplia mezcla de ideas y un cambio en los modos de vida tradicionales.

La noción de riqueza se transforma: ya no son las propiedades del señor las que tienen valor, sino el dinero en sí. Se pasa del trueque a la moneda, a los bancos y a los banqueros. Con el dinero se puede comprar todo: un título honorífico, una esposa noble, un beneficio eclesiástico. Los burgueses de las ciudades se emancipan: es el famoso “movimiento comunal” que se extiende por toda Europa. Esta transición de poder tiene lugar a veces suavemente, otras por medio de sangrientos motines. Así será una de las primeras ciudades en sacudir la tutela de los nobles. El joven Francisco Bernardone tomó parte activa en ello.

Se buscan expresamente nuevas relaciones sociales; se forman asociaciones de todo tipo que redactan su carta de libertades. Esta inmensa aspiración a la igualdad revuelve la pirámide feudal. Los comerciantes y los artesanos se agrupan en corporaciones (primer esbozo del movimiento sindical), triunfo de las hermandades religiosas. La idea de *fraternitas* en sentido amplio está en el aire.

Todo movimiento social lleva lo mejor y lo peor en sí mismo. Una vez más el afán de ganancia corrompe el prometedor comienzo del movimiento comunal. Los ricos burgueses monopolizan rápidamente todos los poderes. Aparecen nuevas desigualdades. Los pobres siguen siendo pobres, únicamente cambian de “patrones”; ya no dependen del señor feudal, sino del rico comerciante que explota este nuevo subproletariado llegado de los campos.

Francisco, el hijo de un gran burgués del paño, vivió y analizó lúcidamente todo esto. Después del encuentro conmovedor con Cristo en San Damián, toma conciencia de que la única revolución posible, duradera, es la del

Evangelio, el único capaz de conseguir una forma nueva de vivir. Hijo de comerciante, criatura de este movimiento comunal, él conservará el gusto por la libertad, la audacia, la novedad, la fraternidad y la movilidad. Detecta la mayor llaga de esta nueva sociedad: la ambición de poder, el dominio del dinero. Esto explica sus opciones fundamentales: la fraternidad, la igualdad, la pobreza y la minoridad.

En cuanto a la Iglesia del siglo XIII, su situación es paradójica: prisionera aún de las antiguas estructuras feudales, está completamente desfasada, ajena a la nueva cultura que emerge. Perdió el contacto con el pueblo. Los modelos de vida cristiana que la Iglesia proponía no eran los adecuados a las aspiraciones de los hombres y mujeres de este tiempo. Esto explica la efervescencia de la base, la explosión asombrosa de una multitud de nuevas comunidades, de “agrupaciones evangélicas”, que a pesar de las inevitables desviaciones, manifestaban un deseo sincero de vuelta al Evangelio, de relaciones más fraternas, más sencillas, menos jerárquicas. Se puede decir que el siglo XIII fue el “siglo del laicado”.

Ser contagio de amor en un mundo en transformación

Nuestra época ofrece algunas semejanzas con la de Francisco. Es innegable que la Iglesia actual va a conocer, conoce ya, una variación importante en su visibilidad y su funcionamiento. Nuestras iglesias rurales se vacían, las parroquias se difuminan, el clero envejece, las vocaciones desaparecen. Se hace presente un laicado comprometido y formado. Nacen comunidades nuevas, hay una explosión de peregrinaciones a Santiago de Compostela o a otros lugares...

Y en el corazón de este cambio sociocultural surge una gran expectativa espiritual, una búsqueda de espiritualidad auténtica, capaz de dar sentido a nuestros compromisos humanos, de dar una razón a nuestra forma de vivir, de encontrar un lugar entre la fe cristiana y la vida de todos los días. Aprender a pasar sin cesar del Evangelio a la vida y de la vida al Evangelio.

A pesar de la pérdida de influencia de las instituciones religiosas oficiales, es este un tiempo de gracia, una cita a la que los cristianos no deben faltar. Se debe recordar que la primitiva comunidad cristiana no tenía más importancia, en el plano sociológico, en el Imperio romano, que la Iglesia de hoy en Europa. Sin embargo en tres siglos, el cristianismo se extiende por todo el mediterráneo. El cristianismo naciente fue “un contagio de amor”: “¡Mirad cómo se aman!”. Confirmando lo que el mismo Cristo dijo a sus apóstoles: “*Si os amáis unos a otros, todos conocerán que sois mis discípulos.*” (Jn 13, 35).

Por eso el signo que permite a los hombres descubrir la nueva presencia de Cristo vivo, sobre la tierra, no es ante todo la coherencia de la doctrina cristiana, ni la autoridad de su estructura jerárquica o la belleza de su liturgia, sino la calidad de las relaciones entre los creyentes, hermanos y hermanas de Cristo. Es en este nivel donde se sitúa, para los cristianos, el gran desafío del siglo XXI. El Espíritu nos invita más que nunca a crear comunidades fraternas, cálidas, sencillas, lugares “fuente”, a pasar de una pastoral cuadrículada territorialmente (un pueblo, una iglesia) a una pastoral de contagio, de iluminación.

En cada período de cambios importantes, el Espíritu Santo suscita o estimula familias espirituales que respondan a las expectativas de los hombres y de las mujeres de su tiempo. Teniendo en cuenta los interrogantes actuales,

parece que la espiritualidad de san Francisco aporta una iluminación y un dinamismo precioso para los cristianos de hoy.

Una espiritualidad no es una receta milagrosa, sino una manera particular de entrar en relación con Dios, de contemplar y seguir a Cristo, una forma de situarse en el mundo de los hombres y del conjunto de la creación, de vivir las relaciones familiares, profesionales y sociales.

Francisco nos invita a crear de nuevo lugares de vida, a enraizar nuestra fe en el redescubrimiento de Cristo, encarnación del amor liberador de Dios; Jesucristo nos invita a “humanizar” a Dios y a “divinizar” al hombre. Francisco impresionado por la encarnación, nos guía tras las “huellas del Señor” que vino a librar al hombre desfigurado, alienado, deshumanizado por el mal, por el solo poder del amor.

Peregrinos abiertos al designio de amor de Dios

Francisco nos invita a seguir a Cristo que nos revela cuánto desea Dios lo más grande y mejor para el hombre, porque Él vino a caminar por nuestras rutas humanas para fecundar nuestra humanidad, nuestro corazón, por el amor creador y liberador, ampliar nuestro horizonte sobre el Reino de su Padre. Los hermanos y las hermanas de Francisco, según las diversas formas, están invitados más que nunca a encontrar de nuevo esta libertad interior del “peregrino en éxodo” hacia el Reino, a recordar a la Iglesia que no existe para ella misma, sino para ser un camino que orienta a la humanidad hacia los tesoros del Espíritu de Dios; un Dios que lejos de apartarnos de nuestros compromisos humanos, les da más bien sentido y densidad. Francisco nos invita a crear lugares de oración, de animación

interior, de profundización de la Palabra, de compartir la vida y las preocupaciones de cada uno.

Francisco nos invita a suscitar no guetos para iniciados, sino lugares de encuentro, de diálogo y de intercambio fraterno, donde cada uno es acogido como una persona única, como un don de Dios: lugares fraternos donde cada uno es animado a dar lo mejor de sí mismo, donde se ayuda mutuamente a vivir las exigencias del Evangelio, a desvelarse por los “leprosos”, los pobres, los más miserables de nuestro tiempo.

No existe una santidad estándar, hay muchas formas de responder al amor de Cristo. Francisco nunca se sintió un modelo al que había que copiar, sino un “inspirador de vida” que propone una forma de vivir el Evangelio. Él invita a responder hasta el fin a las llamadas y las exigencias del Espíritu para cada uno, a crear comunidades de vida donde experimentar el perdón, la reconciliación, la apertura respetuosa a las demás religiones, el aprendizaje de la paz, el respeto de la creación y del entorno, la alegría fraterna, el aprendizaje de la libertad en relación con los bienes materiales, de los cuales no somos los propietarios, sino los gestores.

No se trata de crear iglesias paralelas, sino lugares de animación para los cristianos que así podrán revitalizar, e incluso suscitar sus propias comunidades locales o sus propios lugares de vida para cultivar en ellos todo germen de amor y combatir los gérmenes de muerte que son obstáculo a la Fraternidad universal.

Ser hoy laicos franciscanos

Un laico franciscano es un cristiano que siente una llamada de Dios a seguir a Cristo al estilo de Francisco de

Asís porque descubre una complicidad espiritual con las intuiciones evangélicas de Francisco. Es un cristiano que siente una llamada del Espíritu a vivir hoy este carisma franciscano que necesita la Iglesia y el mundo. Se trata de un cristiano que desea introducir en su vida tiempos de oración gratuitos para encontrar a Dios y a Cristo y dar sentido a su vida.

Es un cristiano que desea aprender la vida fraterna con hermanos y hermanas, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos casados o célibes, en una reciprocidad vital.

Es un cristiano que tiene necesidad del sostén de una fraternidad de hermanos y hermanas para enraizar y madurar sus diversos compromisos en su lucha contra toda forma de injusticia, de violencia, de racismo, de falta de respeto a la vida, a las personas y a la creación y concretizar su pasión por la paz. Es un cristiano cuya alegría manifiesta que el Evangelio es un camino de humanización, porque Francisco hace cantar al Evangelio y muestra que seguir a Cristo nos hace felices. El carisma de Francisco, pequeño hermano universal, tiene más que nunca algo que decir en esta hora de la expansión de Europa y de la globalización, para que esta inmensa utopía evangélica realice el Designio del amor de Dios.

Hermanos y hermanas de san Francisco, nos toca vivir una parte importante en este futuro que debiéramos construir con todos los hombres de buena voluntad, subrayando la prioridad de las personas en el seno de una Fraternidad universal; manifestando la novedad del Evangelio, fuente de felicidad; encarnando, en las relaciones cotidianas, el amor salvador de Cristo; esforzándonos en ser los testigos de la libertad interior del Espíritu; rechazando la dictadura del dinero y el empobrecimiento de dos tercios del planeta. Construir el futuro maravillándose de la belleza de la cre-

ación y promoviendo un desarrollo humano duradero; apasionados por la paz y el diálogo entre religiones; deseando ser solidarios de una Iglesia a menudo pecadora y otras veces luminosa.

Un mundo nuevo está naciendo y la familia franciscana debe hacer oír su música propia.

Por último, una precisión. Este libro es la continuación de *“La alegría de vivir el Evangelio siguiendo a Francisco de Asís”*, hoy agotado. Más que una simple reedición hemos preferido tomarlo de nuevo y enriquecer ciertos temas como la Fraternidad y la vida en el Espíritu, y añadir otros nuevos que no habían sido tratados en el libro precedente como las conversiones de san Francisco, la minoridad, la humildad, la pureza de corazón, la paz y el perdón...